

# JUVENTUD Y POLÍTICA PÚBLICA: UN BINOMIO POR ARMAR

Martín Hopenhayn

## 1. El lugar difuso de la juventud actual

El lugar de la juventud en la política ha cambiado sustancialmente en las últimas décadas en América Latina.. En buena medida hemos pasado en gran medida de la idea de la juventud como la generación que tenía la misión histórica del asalto al poder y la recreación radical del Estado, a la juventud como un grupo con su problemática específica en la integración y el riesgo sociales y, como tal, potencial beneficiaria de políticas públicas. Todo esto, claro está, en un tiempo histórico en que la política ha dejado de vincularse a la idea de un Gran Cambio Social, y donde además la participación de los jóvenes tiende a darse más en ámbitos locales o comunitarios y fuera de los partidos políticos. Vale decir, asume formas de pequeña escala, de menor horizonte temporal y de alcance más modesto en las pretensiones de cambio.

Pero la dificultad de la juventud para vincularse con la política, al menos en un sentido tradicional, también se asocia a los cambios en el contenido de la ciudadanía, al menos en su acepción más republicana. Allí, tenemos que la pérdida de centralidad del trabajo como lugar privilegiado de ejercicio de derechos sociales y de participación política, pone un signo de interrogación sobre el lugar en que la gente confluye para plantear demandas y deliberar en torno a sus aspiraciones. Sea por aumento del desempleo y de la precariedad laboral, por mayor flexibilización contractual o por debilitamiento del actor sindical en el nuevo modelo económico, el hecho es que el trabajo deja de ser el gran eslabón entre vida privada y vida pública, entre actividad económica y compromiso político, entre lo personal y lo colectivo. Tanto más real es este cambio para los jóvenes, que no vivieron en carne propia ni la expectativa del pleno empleo ni la centralidad de las asociaciones de trabajadores en la agenda política.

En el caso de la juventud esta merma tiene un componente adicional. Los jóvenes de hoy tienen más años de escolaridad formal que las generaciones precedentes, pero al mismo tiempo duplican o triplican el índice de desempleo respecto de esas

generaciones (CEPAL-OIJ, 2004 y Hopenhayn, 2005). En otras palabras, están más incorporados en los procesos consagrados de adquisición de conocimientos y formación de capital humano, pero más excluidos de los espacios en que dicho capital humano puede realizarse, a saber, el mundo laboral y la fuente de ingresos para el bienestar propio. De este modo, más que ejercer presiones políticas dentro del mundo laboral, es esperable que lo hagan por acceder a él en condiciones más consistentes con sus niveles de educación, o al menos menos desventajosas que otras generaciones. No sólo no vivieron ese espacio casi natural de la modernidad, a saber, el del trabajo como eje de la participación política; más bien tienen que procurar otros espacios de participación para pugnar por su legítimo derecho al trabajo.

Restringido el mundo del trabajo, el paso de lo privado a lo público y de lo personal a lo colectivo busca otras vías de flujo en esferas no estrictamente productivas, tales como la comunicación de masas, la recreación, las demandas étnicas y de género, las redes virtuales y los consumos culturales. De allí que los intereses de los jóvenes en relación a ejercicio ciudadano y participación tengan hoy matices distintos. En ausencia de megapolítica y de sociedad del empleo, los jóvenes no se sienten representados por los sistemas políticos, ya que las nuevas inquietudes juveniles son difíciles de procesar en un sistema habituado a actores corporativos y más ligados al mundo productivo. En Chile, de acuerdo a datos para el año 2000, sólo el 30,9% de los y las jóvenes afirmó estar inscrito en los registros electorales. En Colombia la afiliación de jóvenes a partidos políticos bordea el 1%; y en el caso de los jóvenes mexicanos, ellos declaran preferir ser parte de un acto en favor de los derechos homosexuales antes que asistir a un acto partidista (CEPAL-OIJ, op. cit.).

Las formas de participación de los jóvenes cambian. Se distancian del sistema político y de la competencia electoral porque perciben que en ese espacio nada cambia demasiado. Ni las identidades intensivas pero espasmódicas de las tribus urbanas, ni el mundo poroso de los consumos culturales encuentran espacios de deliberación en la política pública. Pero no por ello renuncian a la participación, sino que desplazan sus preferencias a circuitos más comunitarios, al voluntariado en sus distintas formas, a la participación en redes virtuales, a la comunión con otros por vía del deporte o la religión, o a distintas dimensiones estéticas de acción colectiva, desde el graffiti hasta la música.

Desde el punto de vista de la participación juvenil, concurren visiones disímiles. Por un lado si hablamos de participación juvenil, estamos hablando de un grupo, un actor, que se organiza colectivamente. Participar es organizarse colectivamente para negociar, presionar, enfrentar, gestionar, movilizar energías conjuntas en órbitas ampliadas de actores, en aras de incidir en la distribución de activos materiales y simbólicos que afectan las condiciones en que se desarrolla la propia vida. Esto puede ser en el ámbito central o local, en lo público-político o lo público-ciudadino, en espacios reales o virtuales. La pregunta que adiviene, entonces, es: ¿en qué medida se organiza colectivamente la juventud por homogeneidad etaria, estética, ética, de aspiraciones compartidas, etc.? Lo juvenil, desde el punto de vista de la participación y en el imaginario político, ¿es una edad, una modalidad, un grado de diferencia o de ruptura, un emergente?

Por otro lado conviven distintos esquemas de participación juvenil dependiendo del locus social o del locus temporal. Así, en la matriz “sesentista” la participación juvenil implica un actor-portador del cambio social o bien del cambio cultural, sea mediante la revolución política o el cambio radical de la vida cotidiana. Se puede también visualizar la participación juvenil en función de la actualización inmediata de identidades y proyectos, o la participación como proyecto histórico cuyo sentido se cobra desde un futuro difuso. Se puede pensar en jóvenes difuminando el poder político, o bien asaltándolo. Se puede pensar la participación juvenil en la perspectiva estatal, según la cual se trata de vincular a los jóvenes a la política pública, mediante formas más instituidas de participación que no rompen el orden sino que se incorporan a él. O bien en perspectiva alternativista pensar la participación juvenil en el lugar de la resistencia, de las lógicas contrahegemónicas, de las racionalidades deconstructivas o reconstructivas.

## **2. En qué participan los jóvenes**

Como ya se ha sugerido, los jóvenes tienen más dificultades para inscribirse en la matriz del mundo del trabajo como espacio de movilización, o en la matriz estatista que ve en el sistema político el lugar para cuajar proyectos alternativos. La propia

sociedad del espectáculo impulsa más bien el retorno a lo estético como campo de lucha por el espacio público. Desde allí la participación pasa por politizar lo cultural y culturizar lo político. Todo esto coloca un signo de interrogación sobre la forma en que los jóvenes participan o pueden (o quieren) participar.

Hechas estas consideraciones, y en base a las Encuestas Nacionales de Juventud realizadas el año 2000 en cuatro países - Chile, Colombia, México y España – en poblaciones jóvenes cuyas edades fluctúan entre los 15 y 29 años, se pueden observar las tendencias que siguen.<sup>1</sup>

*1. Una primera tendencia es el descrédito de las instituciones políticas y del sistema democrático por parte de los jóvenes.* La información para los países señala claramente un proceso de desafección juvenil frente a las instituciones políticas y sus actores así como también una desvalorización del régimen democrático como sistema de gobierno. Este último aspecto aparece vinculado a la percepción de que la democracia y su ejercicio no genera un sistema de igualdad de oportunidades.<sup>2</sup>

La forma más evidente del rechazo de los jóvenes se manifiesta en el hecho de no participar en los comicios electorales y la negación del voto como instrumento de participación ciudadana.<sup>3</sup> Las encuestas muestran también que en general los jóvenes participan poco de movimientos estudiantiles, sindicatos, partidos políticos y organizaciones comunitarias, instancias que en generaciones precedentes nucleaban el grueso de la participación juvenil. A pesar de que en el imaginario de los jóvenes persiste una fuerte conexión entre asociatividad y política, la participación en instituciones políticas es la que presenta menor atractivo para ellos. De hecho, la gran

---

<sup>1</sup> Aún cuando ésta constituye una valiosa fuente de información, hay problemas de comparabilidad por diferencias en diseños metodológicos entre las encuestas mencionadas. Las encuestas revisadas son las siguientes: INJ de México (2000), INJ de Chile (2000), Colombia Joven (2000), y INJUVE (2000). Ver CEPAL (2004).

<sup>2</sup> En España, los jóvenes han perdido cada vez más la confianza en instituciones políticas, religiosas, las Fuerzas Armadas lo cual los ha hecho perder el interés por participar de estas instituciones: 7% de los jóvenes entre 15 y 25 años afirmaban que la política es muy importante en 1998. En Chile, de acuerdo a la Tercera Encuesta Nacional de Juventud (2001), sólo el 48.8% de los y las jóvenes de 15 a 24 años tenía una valoración claramente positiva de la democracia como sistema de gobierno.

<sup>3</sup> En Chile, de acuerdo a datos para el año 2000, sólo el 30,9% de los y las jóvenes afirmó estar inscrito en los registros electorales.

mayoría no se identifica con ningún partido y de la minoría que tiene preferencias político-ideológicas, el porcentaje de militantes es ínfimo.<sup>4</sup>

Si bien los jóvenes manifiestan su descrédito respecto de organizaciones tradicionales de la política, valoran altamente la participación como mecanismo para la autorealización y obtención de logros. Lo que rechazan, más bien, es el tipo de práctica política en que ellos, como jóvenes, tienden a sentirse manipulados por otros y para fines con los que no se identifican. Por otra parte, los jóvenes actuales tienden a ser más esporádicos y discontinuos en la participación: se involucran generalmente en actividades puntuales, durante ciertos períodos, sin comprometerse en el largo plazo.

*2. Una segunda tendencia es que ciertas prácticas culturales tradicionales, particularmente religiosas y deportivas, son las que concentran los mayores niveles de asociatividad. Sin embargo, la participación en estas prácticas culturales se encuentra condicionada por variables socio-económicas y de género.*

La información para los distintos países indica que, a pesar de los procesos de secularización, existen altos niveles de asociatividad en torno a las prácticas religiosas, principalmente católicas y, en segundo término, evangélicas. La variable socioeconómica tiene incidencia en las prácticas asociativas católicas ya que el porcentaje de creyentes practicantes declina a medida que el nivel socio-económico disminuye. Tiene incidencia también en las iglesias evangélicas pentecostales, las que han conseguido una mayor base de apoyo en los sectores populares de diversos países latinoamericanos. En relación a las asociaciones deportivas la presencia es mayoritariamente masculina, inclusión que empieza en la adolescencia pero que no se traduce a futuro en una participación activa en otro tipo de organización. El fin es el deporte como ejercicio individual y no la creación de lazos o ideales comunes.

*3. Una tercera tendencia es que, junto a la asociatividad generada por estas prácticas culturales tradicionales, se aprecia la creciente importancia que adquieren nuevas modalidades asociativas de carácter informal. En efecto, a partir de la década*

---

<sup>4</sup> Por ejemplo, en Colombia bordea el 1%; y en el caso de los jóvenes mexicanos, ellos declaran preferir ser parte de un acto en favor de los derechos homosexuales antes que asistir a un acto partidista.

de los '80 los jóvenes potenciaron su inclusión en las estructuras sociopolíticas a través de formas de organización alternativas - sin negar la vigencia de las tradicionales expresiones de significación de la ciudadanía - donde la responsabilidad es del propio colectivo, sin la autoridad directa de adultos.

Estas nuevas modalidades asociativas se constituyen como estructuras más efímeras y de lazos flexibles, cuyo rasgo clave es su falta de institucionalización e inserción en estructuras formales. Entre ellas destacan los grupos informales como los *graffiteros*, los *skaters*, *okupas* y bandas de música. Son modos de agrupación preferentemente masculinos que se apropian de determinados territorios urbanos y que se encuentran en las principales metrópolis del continente. La conformación de estas nuevas modalidades asociativas, que son generadoras de identidades sociales, gira en torno a contextos locales. Sin embargo, también siguen modelos globales.

En estos nuevos modos de agrupación es bastante reducido el porcentaje de jóvenes que cree que ser un buen ciudadano es comprometerse con el país. Más bien, como ocurre con jóvenes mexicanos, la cotidianeidad se da en torno a "vivir sin involucrarse". Esta realidad provoca que la proliferación del espacio de encuentro juvenil se dé, principalmente, entre los grupos de pares y que la calle sea el ámbito de socialización más común. En España el contexto es similar, así como en la sociedad chilena que está viendo una emergencia de este fenómeno.

Existe también una versión negativa o violenta de estas nuevas formas de asociatividad, que incluye a las pandillas, los grupos reivindicativos de choque, las mafias, y otros. Se da con mayor presencia en países como Colombia o El Salvador, pero no se restringe a estos países. Tienden a proliferar estos grupos allí donde hay una importante cantidad de jóvenes inmersos en las esferas informales relacionadas con la violencia y el delito, y donde se ha masificado el porte de armas de fuego. Las razones de este fenómeno se enmarcan en la problemática económica (pobreza), la falta de educación y oportunidades (estancamiento), la presión de pares para formar parte de estos grupos, y el aprendizaje en culturas de la violencia o en formas violentas de resolución de conflictos.

4. *Una cuarta tendencia muestra que los jóvenes, si bien afirman una creciente preocupación y conciencia por temas emergentes, no traducen esta conciencia en niveles significativos de participación.* Existen temas que han logrado tocar la sensibilidad de los jóvenes como los derechos humanos, la paz, el feminismo, la ecología y las culturas de etnias o pueblos originarios. Sin embargo, se aprecia una disociación entre la conciencia y los modos de acción social de los jóvenes. Dicho de otro modo, estas preocupaciones no logran constituir modalidades de asociación predominantes. Sin embargo, se observa un incipiente y paulatino aumento de la participación en estos temas, preferentemente en los jóvenes de 15 a 25 años.

Los denominados nuevos movimientos sociales que han dado vida a estas asociaciones étnicas, ecológicas o filantrópicas, se constituyen en torno a demandas de reconocimiento social. Esto significa que buscan sobre *todo darle relevancia política y visibilidad pública a actores y temas secularmente soslayados.* La asociatividad en torno a la problemática indígena es la que más ha logrado articular la respuesta de la sociedad civil, particularmente de jóvenes estudiantes insertos en grupos culturales. El ámbito universitario es un espacio donde los temas indígenas han encontrado un espacio tanto teórico como práctico. En su mayoría, las asociaciones en este ámbito están referidas a preservar el desarrollo e identidad de los grupos indígenas o afrodescendientes.

5. *Una quinta tendencia es que los medios de comunicación – y, en particular la televisión– tienen incidencia creciente en la generación de nuevas pautas de asociatividad juvenil.* Los jóvenes son importantes consumidores de televisión y su vida está marcada por la centralidad de la experiencia audiovisual. Algunos autores incluso se refieren al “nuevo sensorium” de los jóvenes el que implica cambios en los modos de percepción del tiempo y del espacio.

La información para los países pareciera indicar una cierta asociación entre la experiencia audiovisual y los cambios en los modos de asociatividad. La centralidad de la experiencia audiovisual pareciera implicar una televisación de la vida pública y la participación en ésta a través de la pantalla, lo que los transformaría en tele-ciudadanos. Esto implicaría una opción por vivir conscientes de los problemas públicos – incluidos los temas emergentes, las causas globales, - pero no necesariamente comprometidos con

esas causas. Se observa nuevamente el divorcio entre altos niveles de información que no se traducen en modos de acción colectiva. Más aún, la televisación de la vida pública puede ser uno de los elementos que están en la base de los procesos de desafección juvenil frente a las instituciones políticas y sus actores. A pesar de que la información televisiva tampoco goza de altos niveles de credibilidad, ella podría estar influyendo en el descrédito de la política dada la inclinación de los medios a centrar la atención en casos de corrupción o falta de probidad.

6. *Una sexta tendencia se relaciona con el ejercicio de la ciudadanía en redes virtuales.* Debe tomarse en cuenta que el uso de redes virtuales es más intenso en jóvenes que en otros segmentos etarios, y más aún con el objeto de organizarse colectivamente. Ejemplo de ello es la altísima proporción de jóvenes en las tres instancias sucesivas del Foro Social Mundial de Porto Alegre, concertados previamente por medio de Internet y correos electrónicos. De manera que se abre paso un nuevo modo de participación que tiene su lado más continuo en las redes virtuales, y su lado más espasmódico en la movilización en el mundo "real". Y que el espacio de referencia no sea la nación ni el Estado-Nación, sino el vínculo más directo entre espacios locales y movilizaciones globales. No aspiran allí a ver cumplidas reivindicaciones materiales (empleo, ingresos) o de poder (cuotas en partidos, representación parlamentaria), sino que se movilizan por causas más genéricas y universalmente compartibles, como la paz mundial, los derechos humanos, la justicia, la defensa del medio ambiente, y otras.

7. *Una séptima tendencia es la participación en grupos de voluntariado.* Un congreso realizado este año en Santiago, convocado por el BID, reunió varios miles de jóvenes voluntarios de distintos países de América Latina, dispuestos a costearse incluso su traslado para asistir al encuentro. La Encuesta de Juventud de España también revela una creciente propensión de los jóvenes a participar de grupos de voluntariado.

La atracción que ejerce el voluntariado sobre los jóvenes es múltiple. Primero, porque adherir es un acto de clara autonomía, dado que en la acción voluntaria no hay instrumentación de fines sino el deseo individual de cada uno de aportar. Segundo, porque tratándose de una opción compartida entre jóvenes, vale decir, un tipo de actividad que se realiza colectivamente, la acción voluntaria supone una pertenencia de

los individuos involucrados a un colectivo caracterizado precisamente por la autonomía en la elección de pertenencia de sus miembros. Como en el campo más formalizado de la política muchos jóvenes manifiestan rechazo debido a que se sienten cooptados o infantilizados por las dirigencias partidarias, encuentran en el campo de la acción voluntaria una lógica distinta, no movida por intereses de cooptación o hegemonía. Además, la acción voluntaria permite armonizar una motivación ética con la acción colectiva, conciliar el esfuerzo personal con una cierta utopía solidaria, sin por eso tener que suscribirse a doctrinas o autoridades doctrinarias. Por otra parte, la acción voluntaria permite una mayor vinculación clara, y sobre todo inmediata y directa, entre la inversión (afectiva) y la retribución (simbólica). Y lo más importante, *la acción voluntaria le permite al joven involucrado colocarse como protagonista y no como marginado, como proveedor y no como dependiente, como héroe y no como víctima, como meritorio y no como objeto de sospecha por parte de los adultos.*

### **3. Por qué importa la participación de los jóvenes en las políticas de juventud**

La relativa distancia de la juventud respecto de la política representativa, así como de los espacios consagrados de deliberación (parlamento, sindicato, partidos) no es razón para soslayar la importancia de la presencia juvenil en la política pública. Razones para ello abundan. En primer lugar, siendo la juventud el relevo generacional para los nuevos liderazgos y cargos públicos, importa preguntarse en qué medida esto supone hoy un corte radical en los esquemas de acción colectiva y cómo en el horizonte intergeneracional la brecha de imaginarios podría suponer una cierta entropía de la política. Esta preocupación se nutre de varias evidencias, o cuando menos, conjeturas. En primer lugar, que estamos frente a una brecha generacional de valores, aspiraciones y esquemas cognitivos. Brecha que se nutre a su vez de la brecha digital intergeneracional (la juventud ostenta índices muy superiores de conectividad), así como en los impactos de la secularización, la globalización y el descentramiento de la sociedad sobre la juventud. Es evidente que a mayor velocidad del cambio histórico, más se exagera la distancia entre generaciones. Pero hoy la pregunta lleva las consecuencias al extremo: ¿hay riesgo de un hiato irremontable en la reproducción cultural por efecto de estas transformaciones en la subjetividad, las prácticas cotidianas y el imaginario de las juventudes actuales?

Por lo mismo, el diálogo político es indispensable para tejer los puentes hacia un futuro marcado por el cambio radical en formas de comunicación y de socialización. La presencia de la juventud en la política pública es importante porque permite tematizar ese hiato en la agenda pública y al mismo tiempo colocar en el campo de la deliberación las brechas de lenguaje que hoy se dan en los ámbitos de producción cultural y de vida cotidiana de la sociedad. Si gobernar implica, hoy más que nunca, una conversación entre distintos con un lenguaje compartido y argumentado en que los consensos pueden construirse sobre la base de una cierta comunidad comunicativa, entonces los y las jóvenes tienen que estar presentes. Porque ellos encarnan los cambios más fuertes en códigos de comunicación (que entre otras cosas, incide en su distancia respecto de la política secular), y por lo mismo, colocan el tema de la diferencia en el lenguaje mismo.

De modo que la presencia de la juventud en la política pública es casi condición de posibilidad de la continuidad de dicha política en una inflexión histórica donde los códigos cambian más rápido, y donde la tribalización postmoderna, tan propia de la juventud, tiene que encontrar su instancia de coordinación en la política democrática. Si la juventud concurre en hacer sociedades cada vez más policéntrica, su presencia en la política pública puede coadyuvar a desplazar el paradigma de la política (y de lo político) desde una lógica centrípeta a otra policéntrica, más acorde con el carácter-mosaico que, más que carácter, es destino de la sociedad.

Otra razón fundamental para darle a la juventud un espacio en la gestión, el monitoreo y la evaluación de políticas que le afectan es que esto puede constituir una forma de descompresión a tensiones propias de la juventud latinoamericana actual. Recordemos que hoy los y las jóvenes tienen más acceso a la educación pero menos acceso al empleo que los adultos, más acceso a la información pero menos acceso al poder público, y más expectativas de autonomía pero más dificultades para ejercerlas materialmente (se independizan económicamente más tarde). Todo esto produce un cierto recalentamiento en que las potencialidades de acción y agencia quedan atoradas en la pura virtualidad, como si la juventud invirtiera un quantum enorme de energía y esfuerzo en acumular capital humano, conocimiento y expectativas, pero la sociedad le devolviera, refractariamente, un muro opaco en que estas energías se neutralizan o rebotan infructuosamente. En este contexto de potencial conflicto y confrontación, la desconfianza juvenil hacia la política, vista como campo de otra generación para

responder a los intereses de otra generación, agrega mayor tensión a la brecha de edades. Por lo mismo, es la política un lugar desde el cual remontar estas tensiones, tematizarlas con los y las jóvenes, generar espacios en que la juventud ejerce poder, toma decisiones, evalúa las acciones tendientes a beneficiarlos o apoyararlos, revierte lugares comunes sobre ellos mismos pero contruidos por otros, controla o co-controla procesos de seguimiento. En la medida que esté la juventud como actor y no sólo como mentado beneficiario, sus espacios de ejercicio de autonomía, de poder, de uso de conocimientos acumulados y de presencia en deliberación por distribución de activos, claramente se incrementa. La descompresión de sus tensiones va de la mano con su presencia en las políticas que puedan tematizar dichas tensiones, colocarlas en el debate público y hacerlas parte de la gestión pública.

Una tercera razón importante para que la juventud esté presente como co-actor de la política pública que le afecta (educación, salud, empleo, protección social, migración, políticas culturales y comunicativas, entre otras) tiene que ver con la imagen de lo juvenil que circula por la sociedad. En la política yano son los propios jóvenes quienes proyectan su identidad y sus proyectos hacia el resto de la sociedad sino, por el contrario, se ven proyectados por pactos políticos, diseños programáticos o fantasmas en la opinión pública. Aparecen, entonces, definidos como “carentes”, “vulnerables”, “capital humano”, población a proteger o racionalizar, a empoderar o controlar. Con buenas o malas intenciones, este tinglado discursivo estigmatiza a los jóvenes y los coloca del lado de la fragilidad o de la ferocidad. En este marco, alimentado por los medios de comunicación, el estereotipo juvenil se asocia a elementos disruptivos o anómicos, tales como la debilidad del orden normativo, la falta de disciplinamiento en el estudio o el trabajo, la imprevisibilidad en las reacciones y trayectorias o la proliferación de conductas de riesgo.

En esta valoración negativa que estigmatiza a los jóvenes desde el discurso adulto, el elemento extremo que encarna con más elocuencia el estigma viene del discurso de la seguridad ciudadana. Desde allí se vincula a los jóvenes a la violencia, sobre todo si son hombres, urbanos y de estratos populares. Y no es casual, ya que este grupo arrastra una combinación explosiva en que otros grupos pueden proyectar sus propios fantasmas: mayores dificultades para incorporarse al mercado laboral de acuerdo con sus niveles educativos; mayor acceso a información y estímulo en relación a nuevos y

vastos bienes y servicios a los que no pueden acceder y que, a su vez, se constituyen para ellos en símbolos de movilidad social; una clara observación de cómo otros acceden a estos bienes en un esquema que no les parece meritocrático; y todo esto en un momento histórico, a escala global, donde no son muy claras las "reglas del juego limpio" para acceder a los beneficios del progreso. Infantilizados por los adultos, sobre ellos tiende a pesar una mirada fóbica que los construye como potencialmente violentos, consumidores de drogas y moralmente débiles; y esta imagen opera a veces como profecía autocumplida.

Además, la juventud se convierte en depositaria de las fobias que atraviesan al conjunto de la sociedad. Estigmatizados como una amenaza a la seguridad ciudadana, los jóvenes condensan -y subliman- todos los temores que la modernidad tardía coloca en las vísceras de los adultos: temor a perder el empleo, a quedar desactualizados respecto de las demandas productivas, a no poder controlar el futuro. Mal que mal, los jóvenes son una amenaza efectiva para los adultos en estos ámbitos si se considera que por nivel educacional, capacidad de adaptación, uso de nuevas tecnologías y disposición vital, están casi destinados a desplazar a los adultos en el mundo productivo.

Así, mientras la boyante reingeniería laboral, la publicidad y la industria del entretenimiento ensalzan categorías y rasgos propiamente juveniles (capacidad de adaptación, maleabilidad, aprendizaje de nuevos lenguajes, lozanía, tersura, vitalidad, energía, reinención del propio yo), por otro se proyecta sobre la juventud el fantasma de la anomalía, la anomia y la falta de consistencia. No es casual que ese mismo mundo adulto que teme ser desplazado por las destrezas de la juventud en el campo laboral y por la ductilidad de los jóvenes en el campo de la comunicación, proyecta en la juventud la amenaza de la desestructuración. ¿No será este doble signo, del endiosamiento y la satanización de la juventud, la paradoja que mejor ilustra el tamaño de la brecha generacional? La juventud como promesa y como amenaza: "Ambas imágenes, con sus respectivos discursos de la integración y la diversidad los encontramos sistemáticamente cruzados con otra matriz discursiva que diferencia a los jóvenes entre aquellos que constituyen los recursos para un futuro esplendor, y aquellos que representan la mayor fuente de peligrosidad y riesgo para nuestro proyecto modernizador (Touraine, 1999).

Por lo mismo, la incorporación de la juventud en la deliberación política, en la política pública (desde la gestión a la evaluación) constituye una punta desde la cual remontar el ovillo de la desconfianza recíproca, desmistificar tanto la idolatría de lo juvenil como conjurar su demonización. Que los y las jóvenes hagan parte del proceso de toma de decisiones, que estén sentados en torno a una mesa de negociaciones con los políticos de “viejo cuño”, que aprendan pero a la vez aporten al diseño de políticas públicas en que ellos son, más que nadie, los supuestos beneficiarios: ¿no aporta a romper con idealizaciones y estigmas? No se trata, claro está, de la secular cooptación o domesticación de la juventud bajo paradigmas dominantes del poder. Todo lo contrario, se trata de abrir el poder, en su dimensión positiva (de políticas inclusivas) a los lenguajes y las aspiraciones de este actor multifacético, descentrado y hasta cierto punto enigmático, que es la juventud.

Se trata de revertir los estereotipos que circulan en el discurso adulto o en los reduccionismos mediáticos, para colocar en el hacer mismo de la agenda pública a este actor sobre el cual habitualmente se colocan discrecionalmente rasgos que no necesariamente le pertenecen. En lugar de “objeto de riesgo”, sujeto de elaboración. En lugar de grupo vulnerable, actor de co-gestión. En lugar de población anémica, generación anémica o turba anímica, una juventud que está en la acción pública por otros. Pensemos nada más en el efecto que tiene el trabajo de voluntariado juvenil en revertir la imagen negativa que otros tienen sobre los jóvenes, cuando aparecen estos mismos jóvenes a los ojos de los pobres, los ancianos y los iletrados levantando casas o alfabetizando. Cómo, en el codo a codo, la brecha de discursos y de imágenes se va angostando y en su lugar surge un nosotros más ancho, más abierto y más inclusivo.

Una cuarta razón para que los jóvenes estén presentes en las políticas que los involucren no sólo es válida para este grupo de edad. La participación consiste, entre otras cosas, en hacer parte activa de los procesos de decisión y deliberación en torno a políticas que afectan nuestro destino, nuestro entorno vital y nuestro acceso a activos. En el caso de los jóvenes, no es una excepción. Más aún si ya son lo suficientemente “crecidos” como para tener opiniones fundadas en información (hoy tienen más información que los adultos, sea por logro educativo o por conectividad al mundo virtual), y a la vez lo suficientemente jóvenes para tener un destino más largo

aguardándolos en el futuro (o por construir desde el presente), y porque el acceso a activos representa para ellos transitar desde la heteronomía a la autonomía, desde la exclusión a la inclusión, desde el lugar de origen a la trayectoria propia. De este modo, estar en la deliberación y en la gestión de decisiones y acciones que les afectarán directamente, es el sentido mismo de la participación. Por cierto, hoy buena parte de esa gestión pasa por otros lugares y otros círculos concéntricos (y no sólo el de la política pública, o política estatal, o política formal). Pero precisamente por eso, lo importante es ver como estos círculos concéntricos pueden coincidir en una política policéntrica, donde los jóvenes pueden estar a la vez en las distintas órbitas que les afectan.

Además, si esperamos que la política “haga sentido” a los jóvenes y las jóvenes, el hacer sentido tiene que ver básicamente con estar adentro. Difícilmente la juventud se sentirá interpelada por decisiones de las seculares instancias representativas, si la experiencia más común con tales instancias es la de sentirse manipulados, cooptados o usados para alimentar el prestigio o el poder de otros, y además en el lenguaje de otros. Por lo mismo, para creer en la política, y en las políticas, pareciera que estar presente en sus eslabones es condición necesaria. No para convertirse en “pequeños políticos”, en “jóvenes promesas de políticos”, ni para entrar en la “carrera política”. Sino precisamente para incidir en que la política sea menos carrera y menos pequeña (en el sentido negativo de la palabra). Para inyectar en la política menos motivación de poder, menos lógica de mercado laboral paralelo, y colocar en su centro la acción orientada a fines de bien público. No es casual que sea hoy el voluntariado uno de los espacios de participación que más atrae a la juventud.

Una última razón que me parece importante para que la juventud haga parte activa de las políticas que les afectan es que es necesario incorporar a estas políticas un doble eje que es propio de la vida juvenil: las aspiraciones de inclusión social y la autoafirmación cultural-expresiva de los y las jóvenes. Hoy pareciera que el sentido de vida de la juventud tiende cada vez más a este doble eje, el del acceso a instancias de autonomía e integración, por un lado, y el de la identidad propia basada en la dinámica propia de la nueva sociedad de la comunicación. Y desde el diseño de políticas pareciera muy difícil conjugar ambos lados de la ecuación. Por eso, que la juventud

tenga un espacio en dicho diseño tal vez contribuya a romper esta dicotomía y poder articular políticas de autoafirmación cultural con políticas de inclusión social. ¿Quién, si no los propios jóvenes y las jóvenes, están llamados a una nueva forma de hacer políticas que permitan synergizar el trabajo con la cultura, la educación con la identidad, la industria cultural con la construcción colectiva de conocimiento, la estética con el bien común? Sin duda la juventud en gran medida hace este ejercicio en otras órbitas de participación que están a prudente distancia de la política estatal y pública: grupos de encuentro, foros sociales, iniciativas comunitarias, movimientos locales juveniles, voluntariado juvenil, alianzas entre jóvenes, ecologistas e indigenistas. El desafío es penetrar con esta doble racionalidad la política pública, permearla con esta doble lógica de utilidad y sentido, de reinención estética y refuerzo ético, de universalismo valórico y pasión por la singularidad y la diferencia.

Y en esto último nosotros, los mayores, tenemos discurso. Pero la práctica y la experiencia, la encarna la juventud. Lo que para nosotros es concepto construido, para ellos ya es sensibilidad internalizada. Veamos como convertimos la conversación intergeneracional en gestión política. Aunque sea para sacudir esta aridez acumulada en nuestros despachos.